

ORTIGAS
A MANOS
LLENAS

SARA MESA

Entusiastas

El entusiasmo es una cualidad aplaudida en nuestra sociedad.

El ciudadano emprendedor y productivo se caracteriza por su entusiasmo y si ese entusiasmo se traduce en horas y horas de trabajo no pagado es aún más alabado, más auténtico y, por tanto, mejor. Sucede en todos los sectores, pero muy especialmente en el creativo, porque después de todo la creación –es decir, el pensamiento– no puede contabilizarse tan fácilmente y lo que no se contabiliza, ya lo sabemos, no tiene igual valor que lo tangible. No es infrecuente que a muchos escritores, por ejemplo, se nos proponga participar en antologías o escribir prólogos sin cobrar nada a cambio, simplemente porque los libros surgen del entusiasmo, porque son literatura, porque lo que nos gusta es eso, escribir, y si uno pregunta qué remuneración conlleva su trabajo queda como un vil tío Gilito que vende su alma –su talento– al diablo. Me temo que lo mismo, y aun peor, sucede en el mundo académico, donde si uno quiere publicar en determinadas revistas de prestigio no solo no será pagado, sino que tendrá que pagar por alcanzar tal privilegio. Pero que estas reglas se hayan consolidado como norma no debería significar que sean aceptables ni justas. Aún nos queda la posibilidad de la protesta y un pequeño espacio –pequeño, pero no inexistente– para la rebeldía.

Precisamente como un acto rebelde entiendo el último libro de la escritora y profesora Remedios Zafra, 'El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital', que le ha valido el Premio Anagrama de Ensayo en su última edición. Zafra, que trabaja en la Universidad de Sevilla, sabe de primera mano de lo que habla, aunque no es difícil que cualquier lector se reconozca en su diagnóstico, si no directamente, si en la figura de sus hijos, sus amigos, sus vecinos. Zafra distingue entre dos tipos de entusiasmo: uno íntimo y creativo, que surge del impulso y la necesidad de ciertas personas de crear, y otro artificial, inducido, fabricado por un sistema laboral que se define por su precariedad y competitividad. En realidad, lo que hace este sistema es aprovecharse del primer tipo de entusiasmo, es decir, de explotar a



La escritora y profesora Remedios Zafra. :: IGNACIO PÉREZ

aquellas personas que lo sienten. Después de todo, ¿no es cierto que en los trabajos creativos uno desarrolla su pasión, cumple con sus deseos más hondos? ¿Qué ocurrencia es esa de querer cobrar por ello? ¿Cuántas veces no hemos oído expresiones de resignación del tipo: «bueno, lo que hago no me da para comer pero al menos trabajo en lo que me gusta»?

De aquí se deriva una consecuencia peligrosa: la creación corre el riesgo de quedar en manos de una elite que pueda permitírsela, un lujo o privilegio sostenido en el trabajo de los otros. La otra cara de la moneda son las personas con talento que se ven forzadas a realizar todo tipo de trabajos no cualificados –aunque sí cuantificables–, aniquilando a cambio sus capacidades por el cansancio y la falta de tiempo. No hace mucho, en otra universidad, alguien me comentaba que algunos de los profesores asociados cobran tan poco que se ven obligados a limpiar casas para reunir un sueldo medio

decente. Por supuesto que no hay nada malo en limpiar casas, pero no me digan que no hay algo perverso en todo esto.

La perspicacia con la que Zafra aborda lo contemporáneo se aprecia sobre todo en su análisis de las implicaciones del uso masivo de la red en los procesos creativos. La abundancia de contactos sociales que supone la Red –otra forma de entusiasmo inducido– ocupa el hueco que el dinero no da: el de la visibilidad y la autoestima. Lo que sucede es que con el número de 'likes' ni se hace la compra en el supermercado ni se pagan las facturas: quizá esta cuantificación sentimental –como la define Zafra– solo alimenta la vanidad y el autoengaño, elementos que sirven para que la máquina siga rodando y para alimentar el sueño de que llegarán tiempos mejores. Mientras tanto, sumisos y pacientes, seguiremos trabajando gratis o incluso pagando por trabajar.

'El entusiasmo' es un ensayo de gran alcance crítico,

lo que lo convierte también –e inevitablemente– en un libro de raíz feminista. Zafra traza una analogía inquietante: durante mucho tiempo el trabajo de las mujeres –el cuidado de la familia y las tareas del hogar– recibió como único pago una especie de compensación social de ideología conservadora –obtener la medalla de «ser buena madre/hija/esposa»–. Ahora el entusiasmo se utiliza para valerse de quienes trabajan gratis y se muestran profundamente agradecidos para ello, reforzando de este modo la desigualdad social. Se espera entonces, dice Zafra, que sean los más pobres –y en especial las mujeres más pobres– los que se vean forzados a mostrar mayor entusiasmo y entrega, los más motivados y los que menos se puedan permitir defraudar las expectativas que cargan sobre ellos. Luchar contra este estado de cosas no es sencillo, pero el primer paso es, sin duda, nombrarlo. 'El entusiasmo' es por ello un libro necesario, un motor para el debate.

Zafra distingue entre dos entusiasmos: uno íntimo y creativo, y otro artificial, inducido por un sistema laboral que se define por su precariedad

